



Sembradores de esperanza

Día del Seminario 2025



Viacrucis por las vocaciones sacerdotales

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

VIACRUCIS

POR LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Sembradores de esperanza

Introducción

La cruz, siendo el gran misterio de la historia, es, paradójicamente, el faro de esperanza para toda la humanidad. La cruz, abrazada por Jesús, se ha convertido en la llave que abre el camino de salvación para el ser humano, en la sutura que cose de nuevo a la humanidad rota por el pecado.

Somos peregrinos de esperanza bajo el estandarte de la cruz, caminamos a la luz del amor de aquel que «habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo» (cf. Jn 13,1).

Todos los bautizados somos testigos de la fuerza de esperanza que recibimos de la cruz del Señor; y para que nunca falte en medio de su pueblo la presencia del Crucificado y Resucitado, Él regala a la Iglesia el ministerio de los sacerdotes, que, configurando su vida con el misterio de la cruz, ofrecen el único sacrificio que redime al mundo. En este viacrucis queremos acompañar a Jesús camino del Calvario pidiendo por la santidad de nuestros sacerdotes y por las vocaciones al ministerio presbiteral.

Saludo litúrgico

En el nombre del Padre...

Del evangelio según san Mateo (Mt 16,24-26)

Entonces dijo a los discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero el que la pierda por mí, la encontrará. ¿Pues de qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?»

Oremos

Señor Jesucristo, sumo y eterno sacerdote, haz que los misterios de amor y de dolor de la pasión queden impresos en todos nosotros, y en especial en tus ministros, de la misma manera que quedaron impresos, al vivo, en tu cuerpo y en tu alma. Te lo pedimos a ti, que con el Padre...

Primera estación: Jesús es condenado a muerte

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,
✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Del evangelio según san Mateo (27,22-23.26)

Pilato les preguntó: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?». Contestaron todos: «¡Que lo crucifiquen!». Pilato insistió: «Pues ¿qué mal ha hecho?». Pero ellos gritaban más fuerte: «¡Que lo crucifiquen!». Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

Ante Pilato, Jesús, eres testigo de la verdad, testigo del Padre. Tus sacerdotes también están llamados a ser testigos de la verdad en medio de un mundo que dice que todo es relativo y al que solo le interesa lo que reporta una ganancia o una satisfacción inmediata.

Señor, da a tus sacerdotes valentía para anunciar que tú eres la verdad y dales claridad para explicar las razones de nuestra esperanza y las verdades de la fe a todos los que quieran escuchar.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.
✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Segunda estación: Jesús con la cruz auestas

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,
✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Lectura del evangelio según san Mateo (27,27-31)

Los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la compañía: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusie-

ron una caña en la mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!». Luego lo escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella en la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

Jesús, te vemos abrazar la cruz, te vemos decir amén a la voluntad del Padre. El día de su ordenación, tus sacerdotes prometieron obediencia a su obispo y a sus sucesores. Señor, que brille en tus sacerdotes una obediencia pronta y alegre a la voluntad del Padre que se manifiesta a través de la Iglesia y de las circunstancias, una obediencia fecunda para la misión y expresión de una libertad madura de hijos de Dios.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Tercera estación: Jesús cae por primera vez

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,

✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Lectura del libro del profeta Isaías (53,4-6)

Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado, traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable vino sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino, y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

Tú, Señor, cargas con nuestros pecados y caes bajo el peso de esta cruz para levantarnos del mal y de la muerte. Tus sacerdotes son el instrumento elegido para que todos puedan experimentar tu misericordia a través del sacramento de la confesión. Ayuda a tus sacerdotes a cuidar el ministerio de la confesión, que puedan dedicar tiempo a esperar y recibir a todos los que se acerquen buscando tu perdón; dales un corazón misericordioso como el tuyo, una escucha que sea acogida paterna y una palabra oportuna que transmita tu luz y sabiduría a cada penitente. Que tus sacerdotes no olviden el inmenso valor de sus horas de confesionario.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Cuarta estación: Jesús encuentra a su madre

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,
✠ Porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Lectura del evangelio según san Juan (19,25-27)

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre: «Mujer, ahí tienes a tu hijo». Luego, dijo al discípulo: «Ahí tienes a tu madre». Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio.

Tu madre, Jesús, permanece en pie junto a tu cruz y acoge como hijo suyo a tu discípulo amado. María nos entregó al sumo y eterno Sacerdote que nos salva. También en la vida de tus sacerdotes sus madres tienen un papel especial. Señor, bendice la generosidad de las madres de los sacerdotes, dales sentido de fe a aquellas que no aceptan la vocación de sus hijos o que sufren por la separación que implica la misión que les encomiendas.

Y a tus sacerdotes Señor, recuérdales siempre que cuentan con tu madre, María, que es también su madre. Dales un gran amor por la Virgen María, para que descansen en ella todas las fatigas y sufrimientos de su ministerio.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.
✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Quinta estación: el Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,
✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Del evangelio según san Mateo (27,32; 16,24)

Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a que llevara la cruz. Jesús había dicho a sus discípulos: «El que quiera venir conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga».

Señor, tus sacerdotes te siguen, abrazando la cruz cada día y con su ministerio pastoral ayudan a muchos con el peso de sus cruces; llevan tu esperanza en medio de los sufrimientos y dificultades de la vida y nos recuerdan, todas las veces que sea necesario, que tú eres fiel y que podemos confiar en ti. Pero ellos también necesitan ayuda. Señor, que podamos estar atentos a las necesidades de nuestros sacerdotes y a ellos dales un corazón humilde que sepa pedir ayuda y dejarse ayudar; que no olviden que tu Iglesia pide sacerdotes santos pero no superhéroes. En la diversidad de carismas y ministerios recuérdanos que todos somos cireneos de nuestro prójimo y así cireneos para ti también.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Sexta estación: la Verónica enjuga el rostro de Jesús

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,

✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Del libro del profeta Isaías (53, 2-3)

No tenía figura ni belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado por los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultan los rostros; despreciado y desestimado.

A esta mujer valiente que tuvo un gesto de misericordia contigo le regalas la imagen de tu rostro, el del más bello de los hombres, el rostro que recibe las heridas del pecado, que deforma al hombre, para devolvernos nuestra verdadera imagen. Señor, haz de tus sacerdotes imagen viva de tu belleza, imprime en ellos la belleza de tu rostro, la hermosa sencillez de tu presencia; que su vida, sus gestos, su presencia, su rostro, todo en ellos, hable de ti. Configura a tus sacerdotes con tu verdadera imagen.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Séptima estación: Jesús cae por segunda vez

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,
 ✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Del libro de las Lamentaciones (3,1-2.9.16)

Yo soy el hombre que ha visto la miseria bajo el látigo de su furor. Él me ha llevado y me ha hecho caminar en tinieblas y sin luz. Ha cercado mis caminos con piedras sillares, ha torcido mis senderos. Ha quebrado mis dientes con guijarro, me ha revolcado en la ceniza.

Te contemplamos en tierra por segunda vez. Tu caída nos habla de que has abrazado verdaderamente nuestra humanidad, débil y frágil. La cruz te pesa de verdad, los sufrimientos de la pasión te duelen de verdad. Tú, Jesús, asumes el plan de salvación hasta las últimas consecuencias para que no dudemos de que tu amor y el amor del Padre por cada uno de nosotros es un amor verdadero. Señor, que no falten a tu Iglesia sacerdotes que sean testigos de este amor, cercanos a los sufrimientos de los hombres; que sean sembradores de esperanza para los que pasan la noche del dolor.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.
 ✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Octava estación: Jesús se encuentra con las mujeres de Jerusalén

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,
 ✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Del evangelio según san Lucas (23,28-31)

Jesús se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que llegará el día en que dirán: “Dichosas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado”. Entonces empezarán a decirles a los montes: “Desplomaos sobre nosotros”; y a las colinas: “Sepultadnos”; porque si así tratan al leño verde, ¿qué pasará con el seco?».

Tú no quieres consuelos superficiales ni los aspavientos de indignación que tanto gustan al mundo. Con la cruz camino del Calvario

nos invitas a considerar la gravedad del mal, la realidad de tantas estructuras de pecado que hacen de la humanidad leño seco que arderá fácilmente. Pero el fuego que tú has venido a encender es fuego purificador, es fuego que revela la verdad del amor. Danos, Señor, sacerdotes con palabras de fuego, con corazones de fuego, que, sin calcular cansancios ni obstáculos, se entreguen para poner tu Palabra, tu verdadera esperanza, en donde el mundo solo ofrece pequeños consuelos y vías de escape que alienan y adormecen el corazón. Sacerdotes que lloren contigo por la salvación de todos.

∞ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.
℞ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Novena estación: Jesús cae por tercera vez

∞ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,
℞ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Del libro de las Lamentaciones (3,27-32)

Bueno es para el hombre soportar el yugo desde su juventud. Que se sienta solitario y silencioso, cuando el Señor se lo impone; que ponga su boca en el polvo: quizá haya esperanza; que tienda la mejilla a quien lo hiere, que se harte de oprobios. Porque el Señor no desecha para siempre a los humanos: si llega a afligir, se apiada luego según su inmenso amor.

Tus sacerdotes, Señor, también caen. Su camino de santidad no está libre de tentaciones y de tropiezos. El enemigo busca herir al pastor para dispensar al rebaño escandalizado por la caída de aquellos en los que confiaba. Señor, te pedimos por los sacerdotes que viven momentos de tentación y de prueba, sostenlos, que acojan la gracia de salvación y misericordia que nunca dejas de ofrecerles; que tus sacerdotes se dejen acompañar y sigan creciendo en santidad y en gracia que les ayude a renovar cada día su sí, alegre y confiado, sencillo y valiente, su sí herido, pero fiel, a la llamada que un día recibieron de ti. Y a nosotros ayúdanos a ser misericordiosos con los hombres que has llamado a la santidad sacerdotal.

∞ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.
℞ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Décima estación: Jesús es despojado de sus vestidos

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,
 ✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Lectura del evangelio según san Mateo (27,33-36)

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir «La Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo.

En tu desnudez, Cristo crucificado, abrazas la vergüenza del pecado que despoja al hombre de lo humano, que lo hiere y lo ultraja en su intimidad, en su fecundidad, en su dignidad. Has venido a salvarnos de todo eso. Pero tu desnudez también nos permite verte como el esposo que se entrega por entero a su esposa, la Iglesia. La vida célibe de tus sacerdotes es signo en medio de tu Iglesia que hace presente tu amor de Esposo. Que sepamos valorar el don que haces a tu Iglesia con la vida consagrada de tus sacerdotes. Y a ellos, dales la gracia para vivir su consagración como expresión de amor pleno, libre y fecundo; un amor que se nutra en la relación contigo: cotidiana, afectuosa, enamorada. Que la vida célibe y gozosa de tus sacerdotes sea testimonio verdadero de que solo tú, Jesucristo, cumples los anhelos más profundos de nuestro corazón.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.
 ✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Undécima estación: Jesús es clavado en la cruz

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,
 ✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Lectura del evangelio según san Mateo (7,37-42)

Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el Rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban y decían meneando la cabeza: «Tú que destruías el templo y lo reconstruías en tres días, sálvate a ti

mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Los sumos sacerdotes con los letrados y los senadores se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¿No es el rey de Israel? Que baje ahora de la cruz y le creeremos».

Ahora contemplamos tus manos y pies taladrados por los clavos que te unen al madero, después, pronto, contemplaremos esas llagas revestidas de gloria en la resurrección y esperamos, un día, en el cielo, poder tocar y besar estas santísimas heridas que nos han curado.

Tus heridas nos recuerdan que hay esperanza para las nuestras, que tú eres capaz de transformar nuestras heridas en canal de gracia y salvación para otros, que, en tu misericordia, nuestras heridas son sanadas y que las cicatrices del corazón se convierten en prueba de lo que has hecho en nosotros.

Señor, que tus sacerdotes porten el aceite del consuelo y el vino de la esperanza a los heridos de corazón; vida y esperanza que nos llega a través de los sacramentos. Dales a tus sacerdotes un corazón que vibre contigo cada vez que celebran los sacramentos y que encuentren su plenitud y descanso en cada eucaristía, en la que se unen a tu sacrificio en el altar de cruz, cuerpo entregado y sangre derramada por la vida del mundo.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Duodécima estación: Jesús muere en la cruz

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,

✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Del evangelio según san Juan (19,28-30)

Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo: «Tengo sed». Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Hasta el extremo, Jesús, nos has amado hasta el extremo.

He aquí el centro del universo y el eje de nuestra existencia: tu cruz, tu vida entregada por nosotros en la cruz.

Que contemplarte así nunca deje de conmovernos hasta lo más profundo, con una conmoción que sea movimiento de conversión.

Tú dijiste que cuando fueses elevado atraerías a todos hacia ti. La cruz es tu púlpito más elevado y tu muerte, el grito del pastor que llama a su rebaño. Jesús, te pedimos que muchos jóvenes se dejen conmover por el grito de tu amor en la cruz y, atraídos por ti, puedan preguntarte qué quieres de ellos.

Te pedimos por aquellos a los hoy estás llamando al ministerio sacerdotal, para que puedan oír tu voz y no tengan miedo a decir que sí a su vocación; que cuenten con sacerdotes que les ayuden a discernir tu llamada y a vivir su formación con alegre responsabilidad. Te pedimos por los seminaristas, por su fidelidad y perseverancia. Y te pedimos por aquellos a los que has encomendado la delicada tarea de su formación, para que, dóciles a tu Espíritu, sean instrumentos para la santidad de tus seminaristas.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Decimotercera estación: Jesús es puesto en los brazos de su madre

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,

✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Lectura del evangelio según san Lucas (1,46-50)

María dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava. | Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí: | su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación».

María, madre de los sacerdotes, al contemplarte al pie de la cruz con tu hijo muerto en brazos, te pedimos por todos los sacerdotes del mundo, sostenlos en tus brazos de madre, custodia su vida y su fidelidad

y ayúdales siempre a mirar a tu Hijo Jesús. Te pedimos, Virgen María, por los sacerdotes mayores, quizá solos o enfermos, que se preparan para el día más importante de su vida, el de encontrarse cara a cara con tu Hijo. Te pedimos por los sacerdotes difuntos, en especial por los que han sido instrumento de la gracia de Dios en nuestra vida: el sacerdote que nos bautizó, el que nos dio el Cuerpo de tu Hijo por primera vez, el que nos acompañó el día de nuestra boda y en el entierro de nuestros seres queridos, el que nos confortó con el sacramento de la unción y que nos escuchó paciente en la confesión. Virgen María, madre de los sacerdotes, te pedimos por ellos.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Decimocuarta estación: Jesús es puesto en el sepulcro

✠ Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos,

✠ porque con tu cruz redimiste al mundo.

— Lectura del evangelio según dan Mateo (27,59-61)

José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en el sepulcro nuevo que se había excavado en una roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

«Dadme su cuerpo».

José de Arimatea fue a reclamar el cuerpo de Jesús, pidiendo autorización a Pilato para bajarlo de la cruz y darle sepultura. Reclamó el tesoro más valioso de la historia que no son joyas ni oro: tu cuerpo, Jesús.

Hoy tu Iglesia también pide, «dadme su cuerpo», porque sin ti no vive. Y tú no dejas de entregarnos tu Cuerpo como alimento de vida a través del ministerio de tus sacerdotes. Que no falten nunca a tu Iglesia suficientes sacerdotes para que podamos recibirte a ti a través de los sacramentos y de la Palabra.

Sacerdotes, sembradores de esperanza, de la única y verdadera esperanza, la que viene de ti. Sembradores de esperanza en los sepulcros

en los que la vida parece haber terminado, sembradores de esperanza en medio de la experiencia de la muerte. Sacerdotes sembradores de esperanza que delante, en medio y detrás de tu rebaño, sean peregrinos de esperanza junto con tu grey, hasta la plenitud de tu reino. Amén.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

✠ Señor, danos muchos y santos sacerdotes.

Oración final

Señor Jesucristo, Buen Pastor y Cordero inmaculado que quitas el pecado del mundo, haz que tu cruz sea nuestro camino cotidiano hacia la gloria de la resurrección y, de igual forma que tú has salvado al mundo por la cruz, nosotros queremos ayudarte a salvarlo a él. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

